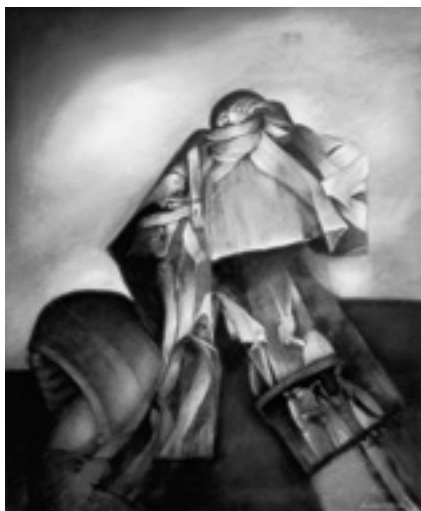


# Ángel Campos Pámpano



Luisa Nogueira. (Óleo sobre lienzo)

## Eugénio de Andrade en su voz

No cabe duda de que Eugénio de Andrade (1923) es una de las voces más inconfundibles y absolutamente necesarias de la poesía portuguesa contemporánea, y quizá una de las más reveladoras y coherentes. Desde sus primeros poemas, en los años cuarenta del siglo pasado hasta *Los surcos de la sed*, publicado a comienzos de éste, en 2001, ha logrado crear una de las obras más sólidas de la poesía europea contemporánea. El autor de *Las manos y los frutos* (1948) ha dedicado su vida a defender la soledad en que se escribe, a ser poeta desde la raíz, desde la vivencia más profunda de lo real, la única que ilumina la distancia que media entre la voz y las cosas, la que logra poner definitivamente a salvo las palabras. Es la suya una voz que nos acerca a la tierra, a las cosas que verdaderamente importan, una voz que revela el misterio insondable del hombre y el de las palabras que lo nombran.

Eugénio de Andrade es posiblemente el poeta vivo con mayor prestigio y repercusión internacionales de la poesía portuguesa contemporánea y suficientemente conocido del lector español desde los años ochenta. Desde la *Antología poética (1940-1980)*, publicada por Ángel Crespo en 1981 hasta *Materia solar y otros libros* (Galaxia Gutenberg (2004), edición al cuidado de Ángel Campos Pámpano, varios han sido los traductores que nos ha ido acercando su poesía: José Luis García Martín, José Ángel Cilleruelo, José Luis Puerto, a todos ellos le debemos que la obra de Andrade sea debidamente valorada entre nosotros. Así pues, ante la petición de “Zurgai” de escribir unas páginas que dieran a conocer al lector español las claves poéticas del poeta de la Beira Baixa, caí en la cuenta de que dichas claves ya habían sido desveladas desde hacía tiempo y que quizá no valía la pena insistir en lo ya conocido. Por eso decidí que fuera el propio poeta quien presentara sin más algunas de las “obsesiones” que le han ido acompañando a lo largo de toda su trayectoria. Los textos que aquí se ofrecen —buena parte de ellos inéditos en castellano— están entresacados de un hermoso libro de entrevistas con el autor: *Rosto Precário*: “Soy un hombre cuya pasión no le impide ser lúcido. De todas mis pasiones, que no son realmente muchas, es justo destacar la poesía. Desde muy joven, escribir ha sido para mí una forma de encuentro con el propio rostro, rostro precario, es cierto, pero erigido contra todas las formas de represión.”

Si hay un elemento que cohesiona toda la obra de Andrade, ése no es otro que la insistencia en la recuperación simbólica del mundo de la infancia, una vida en busca de una voz cada vez más cercana “de ese decir que ayuda a otros a hablar”, una mirada, siempre atenta, que una vez y otra procura rescatar la función misma de la poesía, la razón de ser de su escritura, o lo que es lo mismo, de su vida:

I—“No soy un poeta inspirado, el poema se conquista en mí sílaba a sílaba. Soy hijo de campesinos, pasé la infancia en una de aquellas aldeas de la Beira Baixa que prolongan el Alentejo y, desde pequeño, abundantes, sólo conocí el sol y el agua. En ese tiempo, que sólo no fue de pobreza por estar lleno del amor vigilante de mi madre, aprendí que pocas cosas hay *absolutamente* necesarias. Son esas cosas las que mis versos aman y exaltan. La tierra y el agua, la luz y el viento se consustanciaron para dar cuerpo a todo el amor de que mi poesía era capaz. Mis raíces se sumergen desde la infan-

cia en el mundo más elemental. Guardo desde ese tiempo el gusto por una arquitectura extremadamente clara y desnuda, que mis poemas tanto se han empeñado en reflejar; el amor por la blancura de la cal, que se mezcla invariablemente, en mi espíritu, con el canto duro de las cigarras; la preferencia por el lenguaje hablado, casi reducido a las palabras desnudas y limpias de un ceremonial arcaico: el de las necesidades primeras del cuerpo y del alma. (...) La pureza, de la que tanto se ha hablado a propósito de mi poesía, es simplemente pasión, pasión por las cosas de la tierra, en su forma más ardiente y aún no consumada.”

II —“En toda obra de creación hay un hilo conductor, no siempre fácilmente discernible, que le da unidad —un hilo discreto o evidente, de la mayor importancia, pues es una de las señales de su autenticidad. Estoy pensando en las obsesiones del creador, casi todas radicadas en la infancia, en aquellas “dos o tres imágenes sencillas y grandes a las que por primera vez se abrió el corazón”, de las que nos habló Camus. Tales imágenes, en mi obra, me parecen muy nítidas (...) De libro a libro no se puede hablar propiamente de rupturas: soy fiel a un lento proceso de asimilación y depuración donde, de obra a obra, más allá de todas las experiencias, se oiga resonar la música que un día nos fascinó. Se trata finalmente de la piel, de la piel que recubre un cuerpo vivo y rumoroso de hombre, y nadie cambia de piel con la facilidad de las cobras. Hay quien llama a esto monotonía; si lo es, convengamos en que la monotonía es característica de muchos y grandes artistas. No arriesgo nada al decir que es inherente al propio estilo (...). Al principio era el deseo. Deseo de asentarme en el mundo, de devorarlo; porque la piel que tocaba era suave; la pared calada, fresca; el cuerpo de los animales, caliente; la voz de mi madre, cercana, leve, un soplo casi. Las cosas me fascinaban, y tenía con ellas una relación directa: la del placer. Cosas a las que me quedé unido para siempre, como sabe cualquier lector de mis versos. Hay una serie de recurrencias en las que he ido profundizando, a lo largo de los años: el fluir del tiempo; la ascensión y la decadencia de Eros; la búsqueda del rostro del hombre y su dignificación, son preocupaciones mayores de mi poesía.”

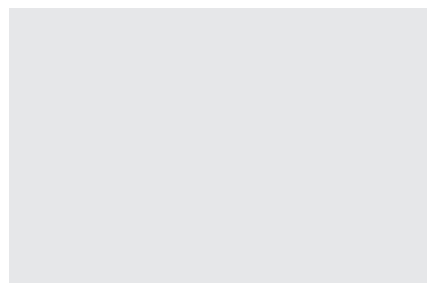
La plasticidad de la poesía de Andrade —tan cercana a veces a la pintura de Matisse, Miró, Klee, entre otros— comienza en la palabra, sensualmente apegada a la materia, a la plenitud del cuerpo:

III —“La importancia que el cuerpo asume en mis versos radica en el deseo de dignificar aquello que en el hombre ha sido insultado, humillado, despreciado o corrompido, al menos desde Platón. Digo cuerpo donde otros dicen espíritu, porque todo pensamiento desencarnado me causa horror. Ser expulsado de un calor que es el de la sangre, ésa es la miseria. Sólo a través del cuerpo podremos alcanzar la divinidad de que seamos capaces, hasta dejar de ser en la frágil y precaria luz de la tierra, el más extranjero de sus habitantes.”

También en la infancia, Andrade aprendió la conciencia artesanal del oficio, —“la misma con que mi abuelo podaba los olivos”— el obstinado rigor de la escritura, el aprendizaje estético que es todo poema:



Luisa Nogueira. (Óleo sobre lienzo)





Luisa Nogueira. (Óleo sobre lienzo)

IV “Todos mis versos son un apasionado deseo de *ver claro* incluso en los laberintos de la propia noche. El amor a la transparencia es mi debilidad, pero también mi fuerza (...) Las palabras son el oficio del poeta, me parece que fue Cesare Pavese quien lo dijo, y oficio riguroso [*Ostinato Rigore* es el título de uno de sus libros], añado yo. Las palabras son nuestra condena. Con palabras se ama, con palabras se odia. Me gustan las palabras que saben a tierra, a agua, a los frutos del fuego del verano, a los barcos en el viento; me gustan las palabras lisas como cantos rodados, rugosas como pan de centeno. Palabras que huelen a heno y a polvo, a barro y a limón, a resina y a sol (...) Más allá de las palabras, de su articulación en la luz y en la sombra, existe el silencio, el espeso, turbio silencio de la criaturas. Pero no hay ningún poeta que no sueñe, por su cuenta y riesgo, el sueño de Prometeo. Peligrosas o inocentes, y ambas cosas lo son, las palabras son también el más vehemente testimonio de fidelidad del hombre al hombre. Ésta es la singularidad mayor de ese “arte de ser” que es toda poesía, que toda poesía ha sido siempre.”

V – “Porque al principio es el ritmo; un ritmo sordo, espeso, del corazón o del cosmos ¿quién sabe dónde comienza uno y el otro acaba? Desprendidas de no sé qué limbo, las primeras sílabas surgen, trémulas, inseguras, palpando en lo oscuro, como buscando un tenue, difícil amanecer. Una palabra de pronto brilla, y otra, y otra más. Como si unas a otras se llamasen, comienzan a acercarse dóciles; el ritmo es su lecho; allí se funden en un encuentro nupcial (...) Una música, sin nombre aún, comienza a subir, algo empieza a tomar forma y figura, a respirar, a moverse, a afirmar su existencia y la del poeta con ella, a levantarse ambos en una común transparencia, hasta ser canto claro y hondo: voz del hombre. Porque el poeta va naciendo con el poema a la más efímera de la existencias; son las palabras, la luz y el calor que unas a otras se comunican, quienes lo van a su vez creando a él, acabando por imponerle la más dura de las leyes: la de extinguirse para dar lugar a la fulguración del poema, la de que *deje de ser* para que el poema sea, y dure, y su fuego se comunique al corazón de los hombres.”



Luisa Nogueira. (Óleo sobre lienzo)

IV – “No sé si no anduve siempre diciendo lo mismo. Escribir no es un proceso límpido. La mayor parte de las veces tengo la sensación de entrar en un laberinto llevado por un ritmo, de perseguir algo que me huye y amo desesperadamente, y desesperadamente quiero poseer, en una lucha cuerpo a cuerpo, donde el ser se juega entero. Pero sobre esto no tengo ideas claras, y no por hablar mucho de una cosa se hace transparente. Voy a ciegas hacia el poema, como algunos animales por instinto caminan a la muerte. Las palabras, ahí están, amorfas, todavía. La mano, con infinita paciencia, las va acercando, se crean tensiones entre algunas, otras se funden para la eternidad, y así va naciendo el poema. Ritmo, palabras, imágenes, y el orden de factores no es arbitrario. Un pequeño organismo empieza a respirar, a exigir atención (...) Escribo normalmente en periodos de crisis. Casi podía decir que escribo por carencia.”

Un acto de carencia y de renuncia. El poeta ha construido a lo largo de más de medio siglo un espacio propio, un decir único, marcado por un diálogo incesante con las cosas que realmente le importan, atento siempre “a

la llamada matinal del mundo” y a la tentación del silencio, a los silencios que nacen del silencio que es música, luz del día, transparencia. La poesía de Eugénio de Andrade crece desde el despojamiento, desde la hondura elemental de la propia lengua que se condensa y depura hasta la fulguración, hasta el origen, porque “la palabra del poeta es una palabra *preocupada*. Él sabe que su trabajo es preservar, sin corromperlas, las señales que, a pesar de su fragilidad, tienen la fuerza prodigiosa de revelar el hombre al hombre”:

VII –“El silencio es mi mayor tentación. Las palabras, ese vicio occidental, están gastadas, envejecidas, envilecidas. Fatigan, exasperan. Y mienten, separan, hieren. También apaciguan, es cierto, ¡pero es tan raro! Por cada palabra que llega hasta nosotros, caliente aún de las entrañas del ser, ¡cuánta baba nos escurre encima fingiéndose música suprema! La plenitud del silencio sólo los orientales la conocen. Lao Tsé enseñó que quien sabe no habla, y quien habla no sabe. Y Basho, con un canon de sólo diecisiete sílabas, hizo uno de los más espléndidos poemas de que se tiene memoria. Es de la tentación del silencio, de la apetencia del silencio, de la condena al silencio de lo que hablan todos mis “afluentes”, en prosa o en verso.”

*En Lisboa, otoño de 2004,  
mientras Eugénio continúa postrado en Porto.*



Graciete Rosa Rosa. (Acrílico sobre tela)



Graciete Rosa Rosa. (Acrílico sobre tela)